Mt. 5, 37: Ma il vostro parlare sia

sì sì no no

ciò che è in più vien dal maligno.

Ubi Veritas et Iustitia, ibi Caritas

Rivelazione e Religione · Attuazione e Informazione · Disamina · Responsabilità

Quindicinale Cattolico « ANTIMODERNISTA »

Anno XLI n. 19 — Fondatore: Don Francesco Maria Putti — 15 Novembre 2015

COLLABORAZIONE APERTA A TUTTE LE « PENNE » PERO': « NON VOLER SAPERE CHI L'HA DETTO MA PONI MENTE A CIO CH'E' DETTO » (Im. Cr.)

Artículo del boletín italiano: **sí sí no no**, Año XLI nº 19, página 1.
Título original: *Modernismo antitomista.*
15 de noviembre del 2015
Traducido al español. www.sisinono.org

MODERNISMO ANTITOMISTA

Patrística y escolástica

La época patrística representa la efervescencia de la teología: los Padres eclesiásticos, en el siglo III, comienzan a profundizar en las verdades de la fe y a presentarlas de manera científica. San Agustín († 430) resume y sistematiza la patrística oriental y latina en una grandiosa síntesis; con él comienza la teología sistemática. La época patrística se cierra con San Juan Damasceno († 749). Sin embargo, solo con la escolástica se alcanza la plena síntesis sistemática entre fe y razón: «La teología nacida con la patrística tiene su primer hito en la obra de San Agustín; con la escolástica alcanza las cimas más altas de la especulación aguda y serena, en plena armonía de la razón con la fe» (P. Parente).

La «primera» y la «segunda» escolástica

La «primera escolástica» comienza con San Anselmo de Aosta (siglo XI) y alcanza su cima con Santo Tomás de Aquino († 1274). Parte de San

Agustín y realiza una fecunda especulación sobre los dogmas. En ella hay dos corrientes: la mística, de inspiración platónico-agustiniana, propia de los franciscanos, que culmina con San Buenaventura, y la más especulativa, propia de los dominicos, que, basándose en los «Cuatro Libros de las Sentencias» de PIETRO LOMBARDO da Novara († 1160)[1] , con Aquino unen el platonismo, el agustinismo y el aristotelismo en una síntesis suprema: la metafísica del ser como acto supremo de toda esencia.

El humanismo, el Renacimiento y el protestantismo intentan desacreditar la escolástica, que había caído en decadencia en el siglo XIV después de Duns Scoto, pero obtienen el resultado contrario: revive con Jean Capreolus († 1444), que polemizó contra Scoto para defender el tomismo, y con los grandes comentaristas de la «Suma teológica», el cardenal Tomás de Vio, llamado Cajetano († 1534), y de la «Suma contra los gentiles», Francisco de Silvestris, llamado Ferrarensis († 1528). Estos marcan el paso de la «primera» a la «segunda escolástica» del siglo XVII, que es sobre todo española y se vuelve analítica con Francisco de Vitoria, Melchor Cano, Domingo Soto, Domingo Báñez y el portugués Giovanni da S. Tommaso, todos dominicos, y además Francisco Suárez, Ludovico Molina, Gabriel Vásquez, Roberto Bellarmino, jesuitas y suarecistas más que tomistas. Esta se denomina en sentido estricto «segunda escolástica» y desarrolló la filosofía moral social o política y la polémica antiluterana.

En el siglo XVIII se produce otro periodo de estancamiento debido al auge de la filosofía moderna y subjetivista (Descartes † 1650 y Malebranche † 1751), con la que polemiza la «tercera escolástica» o neotomismo, que va desde el jesuita alemán Joseph Kleutgen († 1883)[2] hasta León XIII (*Aetemi Patris,* 1879) y escolásticos italianos hasta nuestros días.

---

[1] Una suma de lo mejor de la patrística, escrita alrededor de 1148-1152, en la que Pedro Lombardo recoge la doctrina de los Padres sobre Dios Trino como fin último en el primer libro; la creación del hombre y los ángeles como medios para llegar a Dios y la gracia en el segundo; en el tercero, el Verbo Encarnado, las virtudes y los mandamientos; los sacramentos y las cosas últimas en el cuarto. Cf. J. De GHELLINECK, *Le mouvement théologique du XIIe siècle,* 2a ed., Brujas-París, 1948; Id., entrada "*Pierre Lombard*", en D. Th. C.

[2] Opuesto a todo tomismo espuriamente mezclado con el apriorismo kantiano e incluso con el hegelianismo, escribió un manual *Die Philosophie der Vorzeit vertheidgt* en dos volúmenes (Münster, 1860-1863; reimpreso en Frankfurt, 1966), traducido al italiano (en 1866-1868) con el título *La filosofía antica esposta e difesa*, para significar

El neomodernismo es el... retorno a las fuentes

El llamado *retorno a las fuentes*, es decir, a los Padres de la Iglesia, proclamado por la «nueva teología», es un pretexto para dejar de lado la claridad sistemática, sin sombras de duda ni vacilaciones, del tomismo y poder retomar viejos errores que en algún Padre, aún «pionero en teología» (A. Piolanti), eran excusables, como por ejemplo la apocatástasis en San Gregorio de Nisa y Orígenes, que han sido retomados, haciendo abstracción de la refutación que hicieron de ellos Tomás de Aquino y los escolásticos posteriores, por los neomodernistas, en particular por Jean Daniélou (*Origéne*, París, 1948; entrada *Gregorio Nisseno*, en «Enciclopedia Cattolica») y por Hans Urs von Balthasar, en cuyas obras se insinúa la apocatástasis de Orígenes, siendo incluso el motivo conductor.

Por eso la patrística sin la escolástica no basta, sino que es necesario acompañar la primera con la segunda, como escribe San Ignacio de Loyola en las «Reglas para sentir con la Iglesia» de sus «Ejercicios Espirituales». Entonces se entiende el adagio: «Quita a Santo Tomás y destruirás la Iglesia». Eso es lo que ha intentado hacer con éxito la «nueva teología» con el pretexto de volver a las *fuentes cristianas*.

El mérito y la originalidad de la metafísica tomista

Santo Tomás, «el máximo Doctor común u oficial de la Iglesia católica» (Pietro Párente), en *De ente et essentia*, cap. 5, explica que todo ente o es acto puro de toda composición con la potencia o está compuesto de acto y potencia. El acto puro (también llamado «perfección pura») es único e infinito, ya que no es recibido, multiplicado ni limitado por ninguna potencia. El acto mezclado con la potencia es, en cambio, múltiple y finito. Puesto que todo ente es por sí mismo lo que es, o lo es *ab alio*, entonces el acto puro es un ente por sí mismo (*aseitas*: ser lo que se es por sí mismo y no *ab alio*), es decir, no depende de ninguna causa para ser lo que es. Por lo tanto, el acto puro es incausado y los actos mezclados con potencia son causados por el acto puro, causa primera incausada.

El acto puro también se denomina Dios o Aquel que existe por su esencia (*Jhawhé* o *Ego sum qui sum*, Éxodo III, 15): «Solo Dios puede decir no

---

que contenía no sólo la refutación de los falsos sistemas filosóficos sino también la exposición sistemática de la verdadera filosofía tomista.

solo "Yo *tengo* ser, verdad y vida", sino "Yo *soy* el Ser, la Verdad y la Vida" [...] Solo en Dios esencia y ser son uno y lo mismo: *In solo Deo essentia et esse sunt idem*. Solo Dios es Ser, mientras que todo ser limitado y finito es por sí solo capaz de recibir el ser mediante la participación[3], y de hecho solo existe si Dios lo crea y preserva libremente. [...] La esencia finita no es su ser y es verdaderamente distinta de él. Solo Dios, como Acto puro, es su ser; Él es el *ipsum Esse subsistens inreceptum et ineceptivum*»[4]

El mérito y la originalidad filosófica de Santo Tomás residen en haber considerado, desde su juventud (compuso "*De ente et essentia*" en 1255, con tan solo 30 años, nacido en 1225), el ser como el acto último/supremo de toda esencia, que es al ser como la potencia es al acto. Así, mientras Aristóteles se había detenido en la composición de materia/forma, potencia/acto, el "Doctor Común" u oficial de la Iglesia lo supera e innova con la composición de esencia/ser.[5]

---

[3] «Participación», de *partem capere*, significa *recibir* o *tener* una participación limitada en el *Ser* subsistente mismo: Dios desea ser *participado* por el mundo creado, que es el *participante* o efecto de Dios. La "participación" también fundamenta la "*Analógía*", pues se basa en la semejanza/disimilitud (participante/participado) entre causa y efecto. Los entes creados (o por participación) participan, o tienen una parte, en Aquel que es el Ser por esencia. (*In Johanninem*, Prol. n.º 5).

[4] R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La sintesi tomistica*, Brescia, Queriniana, 1953, págs. 393 y 405.

[5] Cabe señalar que hasta finales del siglo XV, el texto básico para el estudio de la teología, incluso entre los dominicos, era el «*Libro de las Sentencias*» de PIETRO LOMBARDO da Novara († 1160). Solo en el siglo XVI la «Suma Teológica» de Santo Tomás se convirtió en el texto escolar oficial. Sin embargo, cierta falta de método crítico llevó a atribuir al Angélico ciertos opúsculos espurios. Por tanto, para la distinción real entre ser y esencia se recurrió al agustino EGIDIO ROMANO (quien la negó, en contra de lo escrito por Tomás de Aquino, y le siguieron muchos tomistas, pero no todos; véase C. FABRO, *Neotomismo e Suarezismo*, [1941], reimpreso por Segni, Edizioni Verbo Incarnato, 2005, págs. 95-103). A pesar de esto, los grandes comentaristas de Aquino (Capreolo † 1444, Ferrarense † 1528, Gaetano † 1534, Báñez † 1604, Giovanni da S. Tommaso † 1644) han afirmado la distinción real entre ser y esencia (negada por Suárez), incluso sin profundizar en el concepto del acto de ser verdaderamente distinto de la esencia como acto supremo de todo acto, esencia y perfección de toda perfección (véase C. FABRO, "Enciclopedia Cattolica", Città del Vaticano, vol. XII, 1954, entrada "*Tommaso d'Aquino*", coll. 285-286).

Ente por esencia y ente por participación.

Más tarde, en 1266, a la edad de 41 años, retomó el concepto de ser y especificó que "el ser es el acto de todo acto y la perfección de toda perfección" (con la "Cuestión Disputada" *De potentia*, q. 7, a. 2, ad 9; y la *Suma Teológica*, I, q. 4, a. 1 ad 3). De hecho, «*La esencia no sería nada si el ser no la hiciera tal*» (*De Pot*., q. 3, a. 5, ad 2), es decir, el ser hace surgir la esencia («*ex-sistere*») de la nada y de su causa, y le da existencia. Todo acto que no es puro se compone de una potencia que participa en el ser o acto puro.

Dios es el acto puro sin ninguna potencialidad, o el Ser autosubsistente, el Ser en sí mismo, el *Ipsum Esse*, o ese Ser cuya esencia es el ser, mientras que todas las demás esencias no son su ser, sino que lo reciben o lo tienen. Solo Dios es su propio ser: «*ipsum esse suum*», *Deus solus est suum esse*; todas las criaturas son entes por participación en la medida en que su esencia participa en el ser y, por lo tanto, su esencia está en potencia con respecto al ser, que es el acto último de toda la realidad. En resumen, las criaturas son esencias que poseen o participan del ser: «*Deus est ens per essentiam, et alia per participationem*» (*S. Tho.* I, q. 4, a. 3, ad 3). Por lo tanto, en todo ente creado hay una composición de esencia/ser, así como de potencia/acto. En resumen, si Dios es el acto puro de ser («*Actus separatus*») y las criaturas son entes compuestos de esencia/ser, esto significa que solo Dios es el ser infinito y perfectísimo (*De pot*., q. 7, a. 2, ad 9; *S. C. Gent*., lib. I, c. 28; *S. Th*., I, q. 4, a. 2), mientras que las criaturas son finitas e imperfectas.

El tomismo, una refutación anticipada de la filosofía moderna y posmoderna

La noción del ser como acto supremo y la de participación resuelven todos los problemas que el aristotelismo y la patrística, aún no sistematizados ni completados por la escolástica, no pudieron abordar adecuadamente. Considérense, por ejemplo, las cuestiones planteadas por la filosofía moderna (desde Descartes † 1650 hasta Hegel † 1831), como el inmanentismo panteísta, que es refutado por el Ser por esencia o *a se* verdaderamente distinto del ente por participación o *ab alio*, compuesto de esencia y ser, que no *es* su ser, sino que *tiene* o recibe y *participa* del ser.

Toda modernidad, incluso aquella que no es explícitamente hostil al cristianismo (desde Malebranche † 1751 a Rosmini † 1855[6]), así como aquella que es abiertamente incompatible con la Revelación (Descartes † 1650, Kant † 1804, Fichte † 1814, Schelling † 1854, Hegel † 1831), encuentra, la primera, una respuesta y, la segunda, una refutación radical en la metafísica del *actus essendi* y de la participación. La posmodernidad (desde Nietzsche † 1900 hasta Freud † 1939 y sus derivaciones: la Escuela de Frankfurt y el estructuralismo francés), que se caracteriza por un sustancial nihilismo metafísico (epistemológico y ético) o negación del ser (cognoscible y moralmente bueno), encuentra en la metafísica del ser el dique que se interpone entre lo que es y la nada hacia la que querría tender la posmodernidad, que, por odio satánico contra el Ser mismo subsistente o participado, intenta destruir el ser por participación, en cuanto existente ("enti-cidio"), en cuanto cognoscible ("racio-cidio") y en cuanto bueno ("mori-cidio"), así como Satanás tienta al hombre o al ente por participación (creado a "imagen y semejanza de Dios", inteligente y libre) a atacar indirectamente a Dios o al Acto puro, Ser en esencia. Por lo tanto, el inmanentismo panteísta (orgullo-engrandecedor), el nihilismo teórico (odio autodestructivo) y el neomodernismo son *esencialmente* refutados por el tomismo original. Esto es lo que han puesto de manifiesto la segunda y tercera escolástica.

[6] De hecho, a raíz del P. Marëchl y Rahner, incluso Juan Pablo II, en su segunda encíclica (de 1980) "*Dives in rmsericordia*" nº ha escrito que: «Mientras que las diversas corrientes del pensamiento humano en el pasado y en el presente han estado y siguen estando inclinadas a dividir e incluso a oponer el *teocentrismo* al *antropocentrismo*, la Iglesia [del Concilio Vaticano II - nde] [...] trata de unirlos [...] de manera orgánica y profunda. Y *este es uno de los puntos fundamentales, y quizás el más importante, del magisterio del último Concilio*». Aquí también la distinción entre "esencia/ser" y "ente por participación/participado", separa clara e irreconciliablemente el teocentrismo y el antropocentrismo, ya que solo hay un acto puro, no mezclado con una potencia, no compuesto de ser y esencia, que es su propio ser, mientras que el mundo y los seres humanos están compuestos de potencia/acto, esencia/ser; son entes por participación; *tienen* el ser; son verdadera e infinitamente distinto del Ser mismo, subsistente por su esencia. Como puede verse, el tomismo verdadero y original es la barrera contra todo error antiguo, revestido de novedad.

León XIII, San Pío X, Pío XII: Tomismo versus Modernismo

El padre CORNELIUS FABRO escribe que LEÓN XIII, con la encíclica *Aeterni Patris* de 1879, impulsó el resurgimiento del neotomismo en oposición a la filosofía moderna y subjetivista que, bajo el pontificado de Pío IX y el suyo propio, había dado origen al tradicionalismo (De Bonald † 1840, de Lamennais † 1854, Bautain † 1867, Bonnetty † 1879) o al fideísmo francés, al ontologismo italiano (Gioberti † 1852 y Rosmini † 1855) y al neoidealismo germánico (Hermes † 1831 y Günther † 1863). El El Papa Pecci [León XIII] instó a la gente a desconfiar de cualquier síntesis entre la doctrina cristiana y la filosofía moderna, y a presentar el tomismo como la antítesis total del subjetivismo inmanentista, el cual, junto con Feuerbach († 1872), había comprendido perfectamente que la doctrina teológica que debía ser destruida y reemplazada por el «nuevo cristianismo» era el tomismo (véase *Esencia del cristianismo*).

San Pío X alentó el estudio sistemático del tomismo para confrontar el modernismo con la *Pascendi* (8 de septiembre de 1907) y con la encíclica *Sacrorum Antistitum* del 1 de septiembre de 1910: «Apartarse de Santo Tomás de Aquino, especialmente en el campo metafísico, no deja de ser perjudicial. Un pequeño error al principio es un gran error al final», con el «Motu proprio» *Doctoris Angelici* del 29 de junio de 1914, y finalmente con la lista de 24 puntos o tesis de la filosofía tomista, elaborada por el P. GUIDO MATTIUSSI († 1925) y por Mons. BIAGIOLI de FIESOLE, publicados por la Sagrada Congregación de Estudios el 27 de julio de 1914.

Benedicto XV les confirió fuerza de ley al introducir en el CIC [Código de Derecho Canónico – nota del traductor] la obligación de que todas las escuelas católicas siguieran los principios de Santo Tomás en filosofía y teología (can. 580 nº 1 y can. 1366 nº 2). Pío XI, en la Constitución Apostólica *Deus scientiarum Dominus* de 1931, reafirmó el valor de los cánones del CIC antes mencionados. El Padre Fabro concluye[7] que la verdadera distinción entre esencia y ser como acto supremo pertenece a la naturaleza del tomismo, mientras que apartarse de ella —como advirtió San Pío X en el Motu Proprio *Doctoris Angelici*— es peligroso, ya que abandona la «*via tuta*», el camino seguro para alcanzar la verdad, con el riesgo de extraviarse.

[7] Ibidem, col. 289.

Finalmente, el 12 de agosto de 1950, en *Humani generis*, Pío XII condenó el neomodernismo[8], que había cobrado importancia en los años 1930 y 1940. El padre Garrigou-Lagrange, quien contribuyó a la redacción de la encíclica, escribe: «El *error fundamental* que condena es el *relativismo filosófico*, que conduce al relativismo dogmático. [...] ¿De dónde proviene este relativismo, que ha tenido su influencia en los últimos tiempos en ciertos círculos católicos? Proviene tanto del empirismo sensualista, el kantismo como del idealismo evolucionista de Hegel. [...] Este relativismo filosófico ha influido en algunos teólogos [...] y tiende a aparecer cada vez más en algunos ensayos de la «nueva teología» (o neomodernismo), que argumentan que las fórmulas dogmáticas se vuelven obsoletas con el tiempo, ya no se ajustan al progreso de la ciencia y la filosofía, y por lo tanto deben ser reemplazadas por otras declaraciones «equivalentes», pero que son igualmente inestables. [...] A veces incluso se dice que los sistemas filosóficos modernos deberían ser bautizados como lo hizo Santo Tomás con el sistema aristotélico. Pero para ello, se necesitan dos cosas. Primero, se debe tener el genio de Santo Tomás, y segundo, los sistemas filosóficos deben ser capaces de ser bautizado. Para ser bautizado, se requiere un alma racional. Un sistema basado completamente en un principio falso no puede ser bautizado[9]. Por ejemplo, el materialismo, que niega el alma, no puede ser bautizado, ni tampoco el espiritualismo idealista, que niega la materia. De hecho, el alma de un recién nacido presupone un cuerpo que debe ser informado. El ángel, que no tiene cuerpo, o el muerto, cuya alma ha abandonado el cuerpo, no pueden ser sujetos del bautismo.

El poder asimilador y refutador del tomismo

A quienes desean "bautizar" los sistemas filosóficos modernos, el P. Cornelio Fabro (*Intorno alia nozione thomista di contingenza*, en "Rivista di filosofía neoscolastica", 1938, pág. 132 y sigs.) afirma que la distinción real entre esencia/ser y la noción de participación, fundamentales para el

---

[8] A. GEMELLI - R. GARRIGOU-LAGRANGE - F. OLGIATI - C. CALVETTI, *Commento alla Enciclica "Humani generis"*, Milán, Vita e Pensiero, 1951, " Pubblicazioni dell' Universitá Cattolica del S. Cuore", número 10.

Véase también el "Commentario all'Enciclica *Humani generis*" en "*Euntes Docete*", Roma, Propaganda Fide, fascículos 1º y 2º, 1951.

[9] *La sintesi tomistica*, cit., págs. 541, 542, 543, 547.

tomismo original, constituyen la *condena* del inmanentismo como desviación teológica (modernismo) y, al mismo tiempo, la *definición* de la criatura como ente contingente y finita, y del Creador como Ser necesario e infinito. La composición esencia/ser disipa todo antropocentrismo inmanentista y panteísta que es la base de la modernidad subjetivista (Descartes-Hegel) y de la posmodernidad voluntarista y nihilista (Nietzsche-Freud, Escuela de Frankfurt / Estructuralismo Francés).

El padre REGINALDO GARRIGOU-LAGRANGE, a su vez, escribe que «el tomismo puede asimilar lo verdadero de las diversas tendencias existentes en la filosofía contemporánea, rechazando lo falso [...]. Por ejemplo, el materialismo es verdadero porque afirma la existencia de la materia, pero es falso porque niega el espíritu; y viceversa, el espiritualismo [...]. El tomismo se opone profundamente al kantismo y a las concepciones que de él se derivan»[10]. Añade también que el nihilismo, que declaraba: «Dios ha muerto», es una consecuencia lógica y definitiva de la negación sofista e idealista del principio de no contradicción, que es necesario y nadie puede escapar de él, pues «¿Puede Hegel ser Hegel y, al mismo tiempo y en la misma relación, no ser Hegel? Si se cuestiona este principio, se llega al nihilismo completo [...], es decir, a una afirmación autonegacionista, lo que significa destruir todo lenguaje y admitir que no se puede hablar; todas las palabras serían sinónimas. [...] Se termina así en el nihilismo doctrinal, moral y estético, en el nihilismo completo, y no queda nada: ni ser, ni unidad, ni verdad, ni bien, ni mal, ni devenir; todo desaparece».[11]

Poder constructivo del tomismo

León XIII apoyó el resurgimiento del tomismo en 1879. «El programa del Papa Pecci era la *construcción de una 'nueva' civilización cristiana*: veía en la filosofía [de Santo Tomás] un muro importante e irremplazable en la construcción del nuevo edificio. Podría haber proporcionado una ayuda indispensable a su gran plan, que *no se diferenciaba* del de su predecesor Pío IX: la *restauración de la sociedad según los principios cristianos*. Pero León XIII [...] había comprendido que la restauración de la sociedad cristiana requería la *restauración de la inteligencia cristiana* y

[10] *La sintesi tomistica*, Brescia, Queriniana, 1953, págs. 383, 384, 385.
[11] Ibid., pág. 495.
M. CORDOVANI, *L'attualità di S. Tommaso*, Milán, 1924.

que era inútil emprender la reconstrucción de un orden social integral, que sería el objeto de sus grandes encíclicas posteriores, desde *Immortale Dei* y *Libertas praestantissimum* hasta *Rerum novarum*, si no se imponía primero una rigurosa disciplina de pensamiento a todas las escuelas católicas.

En otras palabras, el resurgimiento del tomismo por parte de León XIII se inspiró ciertamente en una intención filosófica, pero *superó con creces al* "*tomismo de los profesores*", ya que estaba convencido de que el problema la filosofía cristiana y la política cristiana son simplemente el aspecto especulativo y la fase práctica de un mismo problema. Este proyecto pretendía [...] recuperar para el catolicismo el terreno perdido desde el siglo XVIII.[12]

De hecho, en el siglo XX, hubo grandes filósofos tomistas que exploraron el pensamiento del Doctor oficial de la Iglesia y lo utilizaron para refutar los errores del siglo, tal como el modernismo, y para construir una filosofía política capaz de hacer reinar a Cristo en la sociedad.

Thomas

[12] B. MONDIN, *Storia della metafísica*, Bolonia, ESD, 1998, 3º vol., pág. 652.